

Así que pasen veinte años

José María Fernández Isla

El cómo celebrar la inauguración de la nueva sede de la Fundación COAM implicaba, de alguna manera, un acto cultural de presentación que sirviese tanto como plataforma para la puesta en marcha de sus actividades como para declarar abiertamente las intenciones y directrices del centro desde el mismo día de su apertura.

De todas las opciones posibles, ninguna como la exposición elegida: "Veinte años de premios COAM", se podría ajustar con mayor precisión al espíritu de la propuesta en su doble vertiente: recoger la antorcha que ha marcado una trayectoria y de paso utilizarla como foco y guía que señale el camino por recorrer. Es algo que ha entendido perfectamente Ariadna Cantis, al diseñar con sobriedad una exposición didáctica, elegante y sin estridencias, que contrasta con ciertos efluvios cromáticos que la nueva sede no puede disimular (sin duda, pequeño defecto de fácil solución), pero que hace añorar en ciertos espacios la dulce monotonía del daltonismo.

Lo señala muy bien Alberto

Humanes en el catálogo: en un momento de revisionismo generalizado, plantearse una muestra retrospectiva es sobre todo un canto a la memoria, dado que es precisamente al enfrentarse a estas situaciones, cuando recordar adquiere el valor añadido que inexcusablemente conduce y obliga a la reflexión.

Y es exactamente por ahí por donde "Veinte años..." puede asumir su inequívoco sabor agrisado. Los premios COAM han sido y son una distinción importante, oportuna y con decidida vocación de apertura (basta con recordar las obras y autores elegidos); pero tampoco conviene olvidar que, en cierta medida, han fracasado en su intento de transmitir a la sociedad el interés por una arquitectura nueva y decididamente vinculada a su tiempo. Seguramente, y en gran parte, este vacío se deba al escaso interés que la arquitectura, sobre todo la "nueva" arquitectura, provoca en los medios de comunicación, capaces de divulgar con total entrega las recetas de un simpático cocinero o las opiniones morales de un "estilis-

ta", pero totalmente inoperante a la hora de transmitir y diagnosticar el cuadro de constantes vitales que la arquitectura proyecta sobre la sociedad contemporánea. Puede, y sería ingenuo ignorarlo, que gran parte de la culpa la debamos asumir los arquitectos, escondidos en la comodidad intelectual de nuestro propio lenguaje. Pero lo cierto es que los premios COAM nunca obtuvieron el reconocimiento social que sin ninguna duda merecen. Precisamente por todo ello la exposición/celebración comentada es hoy doblemente oportuna al revisar y reivindicar su propio espacio.

Estas líneas quieren fundamentalmente servir como recordatorio de ese magnífico viaje iniciático que los premios COAM han regalado a todos los interesados por el mundo de la arquitectura. En ellas se buscará, sobre todo, la valoración de la obra construida, pese a que los premios en sus otros apartados (Investigación, Urbanismo, Diseño y Periodismo) han aportado sin ningún género de dudas trabajos de inmenso interés, que desde luego merecen el reconocimiento de todos.

El premio COAM de arquitectura se otorga por primera vez en el año 1972, extendiéndose en aquel caso excepcionalmente a obras construidas y acabadas en los cinco años anteriores. El jurado declara como obra más interesante de aquel período al edificio Torres Blancas de la Avenida de América madrileña, cuyo autor es Francisco Sainz de Oiza. No es probable que pueda concebirse un mejor principio: Torres Blancas lanza a la opinión pública un mensaje de vanguardia (la sociedad naturalmente se asusta), da a conocer popularmente a su autor y significa el reconocimiento tácito de que en el país algo empieza a cambiar. Por todo ello, y desde el principio, las famosas torres de Oiza adquieren un carácter simbólico que aún hoy perdura, pese a un prematuro envejecimiento de la obra, en gran parte debido a un mal mantenimiento, pero también como consecuencia de un giro en los últimos años hacia

tendencias más genéricas y de acabado formal más asequible. A pesar de todo, Torres Blancas sigue siendo hoy uno de los ejemplos iconográficos más rotundos de la gran arquitectura de la década de los setenta.

Al año siguiente, el galardonado es Fernando Moreno Barberá por su escuela de formación de la calle Costa Rica, obra de resonancias "brutalistas" y perfectamente adscrito a las corrientes arquitectónicas de su tiempo. En su tercera entrega (período 74-75), el premio cambia el hormigón y los grandes volúmenes por una propuesta más cercana a la rehabilitación y a la sensibilidad académica: la instalación definitiva de la Colección de Arte Abstracto del pintor Fernando Zobel en el Museo de las Casas Colgadas de Cuenca, obra del arquitecto Fernando Barja y del escultor Gustavo Torner, se alza con el galardón como reconocimiento a una labor donde elegancia, intencionalidad en los detalles y acabados, junto con la sobriedad de sus espacios, adquieren categoría de tema.

El premio no se convoca en el año siguiente: años 1976-77; pero en el correspondiente al período 1978-79, nuevamente será una obra de categoría excepcional la que se hará acreedora de la distinción. Me refiero al edificio de oficinas para la compañía de seguros Adriática del paseo de la Castellana, obra de Javier Carvajal Ferrer y desde luego su trabajo más conocido. Como ya escribí en el momento de la exposición que el Colegio de Arquitectos y el Círculo de Bellas Artes de Madrid dedicaron a Carvajal, al enfrentarnos al edificio... "Inicialmente nos encontramos con un cubo de cristal "deja vu", pero aquí la novedad reside en la incorporación de un muro pétreo de horizonte, que configura el conjunto como si nada quisiese dejarse al azar. (...) El resultado final se presenta como uno de los ejercicios más fascinantes de libertad creativa, en clara yuxtaposición al

1988. Vivienda unifamiliar. Eugenio Aguinaga.



rigor del programa y que en todo momento trasciende y supera la indiscutible belleza formal del edificio". Sin ningún género de dudas, junto a Torres Blancas, La Adriática supone uno de los grandes hitos de los premios a lo largo de su historia.

Esta última convocatoria también aporta la novedad de incorporar al premio de arquitectura unos de nueva creación, destinados a reconocer los trabajos en el campo de la Investigación arquitectónica o urbanística, que el jurado otorga exaequo a los arquitectos Salvador Pérez Arroyo por su trabajo "La moral constructiva" y a Enrique Nuere por "Las reglas de carpintería".

Nuevamente, la convocatoria correspondiente a los años 1980-81 es declarada desierta. Como dato curioso, a este período pertenece el deslumbrante Banco de Bilbao, de Oiza; de la misma manera que en el otro año en que la convocatoria no llega a efectuarse (el ya mencionado 76-77), contenía una obra tan indiscutible como el Bankinter de Rafael Moneo y Ramón Bescós. No sería mala idea que los premios COAM imitasen a la academia de Hollywood, que en su última edición ha subsanado su deuda con una actriz de la talla de Deborah Kerr, otorgándole un merecidísimo Oscar honorífico a una labor asombrosa, e instaurara un premio especial de reconocimiento tardío.

El premio 82-83 se concede al edificio Arpegio, de Francisco Partearroyo, valorando por primera vez una obra de carácter industrial valiente y de indiscutible calidad. En 1985 los premios se modifican añadiéndose a las categorías ya existentes los apartados de Publicaciones, Urbanismo y Diseño. El primer premio del apartado estrictamente arquitectónico, según este nuevo formato, corresponde al Colegio Público del Barrio de San Fermín, de Alberto Campo Baeza. Nuevamente nos encontramos ante una propuesta llena de vigor, donde la perfecta armonía entre sus interiores y su acabado externo acreditan a su autor como

uno de los valores más interesantes de la nueva arquitectura madrileña. Obra de sorprendente madurez donde se muestra perfectamente cómo los espacios y su carácter plástico pueden conferir a una pieza de arquitectura sus propios lenguajes.

Las dos siguientes ediciones, y en una clara demostración de la total sintonía entre las actuaciones premiadas y el debate social del momento, reconocen la conexión entre nueva arquitectura en relación con el entorno histórico consolidado: Víctor López Coteló y Carlos Puente obtienen el galardón del 86 por el Ayuntamiento de Valdellana; y Mariano Bayón lo hará en el 87 por su excelente rehabilitación de la Corrala de Cascorro.

La convocatoria del 86 añade la novedad de la instauración de los premios de periodismo, destinados a reconocer y destacar los esfuerzos por difundir la arquitectura en los medios de comunicación. En esta primera ocasión será el arquitecto Vicente Patón quien reciba el justo reconocimiento a su labor en la prensa diaria.

Dos ejercicios de vivienda obtendrán los premios del 87 y 88. En el primero, la vivienda unifamiliar de Eugenio Aguinaga en La Moraleja; al año siguiente, el bloque de viviendas de Tres Cantos, de Carlos Rubio, Enrique Álvarez Sala y César Ruiz Larrea. En ambos casos, desde lo individual a lo colectivo, son atractivas muestras del valor de la volumetría como instrumento de composición formal.

En 1990 es un edificio de enorme interés - la "Casa del Pastor", situada en la vecindad del Viaducto - el que obtiene el reconocimiento del jurado. Sus autores - los arquitectos Francisco Cabrero, José Cabrero y Carlos de Riaño - presentan una solución de nueva planta perfectamente integrada en el casco histórico: equilibrada, culta y coherente. La valoración del muro, la sabia utilización de los materiales y la renuncia

explícita a cualquier metáfora localista, le confieren esa rara dignidad que sólo alcanzan las piezas que asumen su propio lenguaje como una cuestión moral.

En el otro extremo del abanico formal aparecen los dos últimos galardones hasta la fecha: la suntuosa elegancia de la arquitectura próxima en su estado puro, el ejercicio arquitectónico solo relacionado con su propio fin. Tanto Iñaki Ábalos y Juan Herreros en el edificio Renfe de Fuencarral (premio COAM 91), como Eduardo Beotas y Carlos Tolosana con el Módulo de Atletismo del Consejo Superior de Deportes (premio año 1992), dan en campos muy distintas dos lecciones de talento, partiendo de una concepción ideológica común.

Obviamente, en este largo recorrido faltan grandes nombres y edificios de excelente factura; pero la continuidad de los premios garantiza una voluntad de resarcir desde el territorio de la arquitectura esa dignidad que demasiadas veces hemos dado como perdida.

Así que pasen otros veinte años, volveremos a charlar.

1991. Sede de Material Rodante. Renfe. Iñaki Abalos y Juan Herreros.

